

Monstruos

Otros libros del autor en Duomo:

El jardinero del Rey

FRÉDÉRIC RICHAUD

Monstruos

Traducción de Juan Ramón Azaola



Duomo ediciones

Barcelona, 2024

Título original: *Monstres*

© 2024, Frédéric Richaud, previo acuerdo con Timsit & Son,
Scouting and Literary Agency

© de la traducción, 2024 de Juan Ramón Azaola Rodríguez-Espina

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-45-3

Código IBIC: FA

DL: B 18.963-2023

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime. S. L.

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Cada uno ve lo que parece ser,
pocos comprenden lo que eres realmente.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

I

Para el viajero que, en 1655, descubría París desde lo alto de la colina de Montmartre, la ciudad se asemejaba a un vasto mar de tejados plateados en medio de los cuales emergían, por algunos lugares, el mástil puntiagudo de una iglesia o las torres cuadradas de una catedral. Y, ciertamente, era un espectáculo maravilloso el de esa extensión que iba a perderse al fondo del horizonte y del que ascendía, como una canción, un continuo rumor de campanas, de relinchos y de gritos.

Pero tan pronto como el viajero hubiera bajado rápidamente por alguno de los caminos salpicados de arbustos que serpenteaban hasta la ciudad, la belleza se daba por terminada. No siempre es bueno introducirse en el reverso de las cosas. Pues bajo aquel inmenso tapiz de pizarra, al pie de aquellas grandes torres donde Dios velaba por el destino de cuatrocientas mil de sus criaturas, se escondía un mundo de una fealdad repulsiva. No solo no había una sola calle, ni una sola casa, ni una sola plaza que no conservara los estigmas de la Fronda, que, algunos años antes, había estado a punto de llevar al país a la ruina, sino que tampoco había nada que no estuviera roído por la miseria y la mugre. Todo era gris, sucio, angosto, disparatado. Las enfermedades se revolcaban allí dentro como cerdos en el estiércol; pasaban del mendigo al obrero, del obrero al cura, del cura al burgués, hacían que se hincharan los vien-

tres, que se cayeran los dientes, que se hundieran órbitas y mejillas, que se atrofiaran los miembros, que se colmaran los cementerios.

A este cuadro miserable se agregaban unos olores pestilentes. Además de amontonar las basuras en cada rincón de cada calle, de vender coles o carnes descompuestas, además de que sus bocas apestaran y de que bajo sus brazos oliera a chivo, los parisinos y las parisinas, a falta de letrinas, orinaban y defecaban donde les parecía bien (aunque existían ciertos lugares más apreciados que otros: eran varios cientos, por ejemplo, a los que podía verse cada mañana bajo los tejos del paseo de las Tullerías desocupando sus intestinos de la mala cena que habían engullido la víspera). Todos los días, los basureros evacuaban hacia los suburbios cerca de veinte mil celemines de mierda.

En esta cloaca a cielo abierto, el viento no depuraba nada. Penando por encontrar su camino a través de las callejuelas, chocando contra las murallas, por lo general daba vueltas como un viejo perro en su jaula.

Si el viajero llegaba hasta el Sena, el cuadro era aún peor: las fangosas orillas no solo eran el refugio de curtidores, de mercachifles y de prostitutas, sino que allí se almacenaban todas las inmundicias que la ciudad no había podido digerir; había fruta podrida, esqueletos de animales, cajas desarmadas, montones de estiércol o de paja mohosa. En cuanto al río mismo, servía de gigantesca alcantarilla en la que a menudo flotaban, en medio de excrementos y otros detritus, cadáveres de adultos o de niños, teñidos por manchas verduzcas y con el vientre hinchado.

Pero si el viajero traspasaba las puertas del Louvre, la fealdad, como por arte de magia, desaparecía. La belleza, dice el filósofo, es la armonía —que, como es sabido, viene del griego *harmozo*, que significa «aunar, coincidir, adaptar, ensamblar»—. De hecho, en este palacio todo se aunaba, coincidía, se adaptaba y se ensamblaba de maravilla: la relación entre la longitud y la altura de los edificios, el número y el tamaño de las ventanas en las fachadas, las columnas de mármol acanaladas y los frontones dóricos, la circunferencia de los estanques y la altura de sus chorros de agua. Poco importa que, aquí y allá, hubiera instalados andamios, sobre los cuales se agitaban obreros cubiertos de yeso: en el corazón de París, este palacio hacía pensar, en el mejor de los casos, en una perla dentro de una ostra; en el peor, en un bote de salvamento en medio de un naufragio.

La armonía no consistía únicamente en los edificios: en esta gran caja de formas tan puras vivían hombres y mujeres tan distinguidos, tan bien vestidos, que se habría dicho que el arquitecto del lugar los había diseñado al mismo tiempo que sus planos. Al oro de los techos respondía el de los aderezos; al terciopelo de los cortinajes, la seda bordada de los corsés; al marfil de los mármoles, la nacarada blancura de los rostros. En el aire, fuelles y pastillas de quemar ocultaban las pestilencias al difundir aromas de almizcle, de algalia y de pachulí.

Y si el viajero llegaba justo a la hora del paseo de la familia real, el cuadro rozaba lo sublime. Todas las mañanas, después de la misa, el rey y sus allegados recorrían por entero, a paso lento, su reino de mármol. Era un espectáculo extraordinario el ver pasar ante uno aquello que la sociedad tenía de más noble, más refinado, más instruido, mejor vestido, mejor alimentado, mejor cuidado.

Ved cómo el rey avanza, rodeado de sus guardias de corps vestidos de azul, con casaca, calzones y medias rojas; observad sus ondulados cabellos rubios que le caen sobre los hombros; su camisola de holanda bordada de oro y plata, sus medias de seda rosa y sus zapatos de satén verde. Ved también cómo su rostro no ha conservado casi ningún rastro de la viruela que le afectó cuando tenía ocho años, y cómo su paso es ligero, tan ligero que se diría propio de un bailarín. Ved igualmente su porte altanero, desde sus solamente dieciséis años, y cómo mira sin emoción a todos los que se inclinan ante él.

Admirad ahora el vestido salpicado de pedrería que lleva su prima, la joven y bonita Ana María Luisa de Orléans. Y ved a continuación al severo Mazarino envuelto en su gran túnica de terciopelo rojo, que conversa con Ana de Austria, la reina madre, vestida toda ella de terciopelo azul y armiño.

Sin duda, después de su horripilante travesía de París, el viajero habría tenido la impresión de haber entrado en el paraíso si no fuera porque de pronto un detalle le habría llamado la atención: a la cola de esta admirable comitiva, rodeada por una docena de doncellas de cámara con bonetes y corpiños de fernandina, marchaba una mujer tan fea, tan deforme, que podría decirse que acababa de salir del taller del diablo. Quedaban olvidados los bellos rostros, olvidadas las pecheras de franela y los aderezos de diamantes, olvidados los estucos y los corredores de mármol. No quedaba sino aquella frente inmensa sobre la que colgaban gruesos mechones de pelo negro, aquellos ojos saltones, de los cuales el izquierdo no veía ya nada, aquella nariz oblonga y torcida, aquellos hombros hundidos y aquellos andares claudicantes.

Entonces el viajero habría balbucido:

—¿Quién es esa?

Y, frente a él, una marquesa habría murmurado:

—Es Cateau...

—¿Quién?

—La lavandera del trasero de la reina.

Pero el viajero no habría podido saber más. Pues la marquesa se habría vuelto hacia él y, al descubrir sus zapatos enlodados y su abrigo cubierto de polvo, se habría alejado tapándose la nariz.

II

Es una lástima que el viajero no hubiera pensado en hacerse cepillar el traje y en empolvarse las mejillas antes de penetrar en el Louvre. Los pocos minutos perdidos en arreglar su aspecto le habrían permitido aprender algunas cosas curiosas a propósito de la tal Cateau.

La marquesa le habría dicho, en primer lugar, que su verdadero nombre era Catherine Beauvais; en segundo lugar, que había entrado al servicio de la reina dos años antes sin que nunca se hubiera sabido bien cómo, ni gracias a quién, y, en tercer lugar, que aquella anciana inmunda ni siquiera tenía treinta años.

Y si hubiera querido saber más sobre ella (y hubiera llegado un sábado), tal vez la marquesa le habría conducido, esa misma noche, a casa de Madeleine de Scudéry, en la Rue de Beauce, que recibía allí a algunas de las cabezas más brillantes del reino.

Allí, en un encantador palacete rebosante de tapicerías de Aubusson y de estatuas de alabastro, Paul Pellisson, el secretario del rey, vestido con un bonito frac de terciopelo verde con ribete plateado, le habría dicho que nadie, en la Corte, hablaba nunca con ella; Valentin Conrart, el promotor de la Academia francesa, con un gesto de terror en los ojos bajo sus párpados maquillados, le habría contado que, de noche, salía normal-

mente a bailar el aquelarre con las brujas del cementerio de los Inocentes; y la joven y encantadora Madame de Sévigné, viniendo a sentarse cerca de él con un ligero frufnú de seda de las Indias, le habría explicado por qué Mazarino, un día de abril de 1654, la había expulsado de la Corte.

Esas son las cosas que unos pocos polvos y un buen cepillado le habrían permitido aprender. Por no haber sabido aparentar, volverá a su casa sin poder poner más que la mitad de un nombre a aquella mitad de mujer. Durante mucho tiempo conservará el desagradable recuerdo de aquel personaje extraordinario. Y si tiene una esposa y unos hijos que le hacen preguntas sobre lo que ha visto en París y en el Louvre, le escucharán, no sin pavor, contar con detalle su extraordinario periplo por el país de la belleza y la fealdad reunidas.

Pero que el viajero no se entristezca demasiado. Incluso si se hubiera ganado la amistad de la marquesa, si hubiera sido invitado a la Rue de Beauce, lo esencial, por lo que concierne a Cateau, se le habría escapado. Pues todo lo que aquella gente ignoraba, o no quería saber, es que detrás de aquel cuerpo inverosímil se escondía un alma inteligente y sensible, que la vida y los hombres, desde que ella naciera, se habían complacido en no tener en cuenta.

III

Cuando Catherine-Henriette Bellier nació, en la Rue Saint-Honoré, el 16 de agosto de 1630, como hija de Michel Bellier, comerciante de telas y proveedor oficial de la Corte, y de Marie Bellier, nacida Chesnault, y sin empleo, la primera idea que cruzó la mente de su padre fue la de meterla en un saco, coserlo y arrojarlo al Sena.

No es que estuviera desolado por haber tenido una hija, sino porque nunca, salvo en ciertas regiones de Francia donde los hombres se aparean con las bestias, se había visto un recién nacido tan feo.

Faltó muy poco, por tanto, para que Catherine no fuera, con su cordón bajo el brazo, a reunirse con las inmundicias que los parisienses arrojaban al río.

La razón por la que sobrevivió no está clara. Para algunos, fueron las súplicas de Marie, la madre, contrariada por ver desaparecer brutalmente aquella cosa que había tardado nueve meses en construir, las que la salvaron. Para otros, le debió su vida a la intervención del cirujano partero, que en el momento en que Michel Bellier se alejaba con su carga al hombro, le explicó que habría científicos que estarían dispuestos a pagar bien por poder examinar a aquella extraña criatura.

Lo que es seguro, en cambio, es que el reverendo padre Ginout, presente durante el momento del parto, no contribuyó

gran cosa, ya que al ver en ella a una criatura del diablo, sugirió que se la quemara.

Así pues, Catherine sobrevivió, pero no para felicidad de los científicos, quienes, entre la peste, la viruela, el tifus, la disentería, las afecciones pulmonares y otras «fiebres malignas» de sus contemporáneos, tenían otras cosas que hacer, sino de toda la chiquillería de la que se ocupaba una tal Rosalie Mallard, una nodriza que vivía en un desván mugriento no lejos del Louvre y que, mientras le pagaran, colgaba de sus enormes pechos a toda suerte de pequeños pensionistas.

Los niños son unos monstruos. Tres años después de ser acogida por Mallard, Catherine se había convertido en el blanco de las burlas de todos los de la casa. Se trataba de ver quién le tiraba del pelo con más fuerza, quién le ponía más zancadillas en la escalera, quién la hacía llorar durante más tiempo. El juego era tanto más divertido cuanto que la Mallard no decía nada, o muy poco, y que «la cosa», como se había adquirido la costumbre de nombrar a Catherine, se despertaba todas las mañanas mostrando una horrible mueca. ¿Cómo habrían podido saber aquellos rapaces que aquel rictus era una sonrisa destinada a ganar su clemencia? ¿Y cómo hubiera podido saber la pobre Catherine que su sonrisa, además de dividirle la cara en dos, hacía que le surgieran tal maraña de arrugas en torno a los ojos y sobre la frente que se hubiera dicho que era una anciana encerrada en el cuerpo de una niña?

Cuando su padre iba a verla (lo que era raro) y la encontraba con la ropa desgarrada y los brazos y las piernas cubiertos de hematomas, se encolerizaba, pero no eran los torturadores de su hija los destinatarios de su ira, ni tampoco la Mallard, que les había dejado hacer, sino aquel cirujano partero que, un día de agosto de 1630, le había hecho ahorrarse el precio de un saco de yute.

La palabra le llegó bastante tarde. Aquel silencio, que no se sabía si era debido a un impedimento de la acción de la lengua o a la estolidez, se añadía a la desesperanza de sus padres y a la burla de sus camaradas.

Sin duda, Michel y Marie Bellier habrían sido felices al saber que su hija no era muda si las primeras palabras que pronunció, a la edad de cinco años, no hubieran sido «¡Puto Dios!», que había aprendido de Monsieur Brunet, el carnicero, quien, de vez en cuando, iba a colgarse, él también, de las ubres de la Mallard a cambio de algunas lonchas de tocino. Esa blasfemia se le escapó en el momento preciso en el que Jean-Baptiste Dupuy, uno de sus pequeños compañeros de juego, le hundió un agudo bastón en un ojo (juró no haberlo hecho a propósito). Y quizá habría añadido otra formidable blasfemia si de repente no se hubiera desmayado sobre un charco de sangre.

Durante semanas, Michel y Marie Bellier se relevaron en la iglesia de Saint-Eustache para suplicar a Dios que dejara morir a su hija.

Pero el milagro no se produjo. Y durante mucho tiempo se preguntaron qué falta habían podido cometer para merecer aquello.

IV

Si Catherine sobrevivió a aquella terrible herida que la dejó tuerta para el resto de sus días, no es menos cierto que quedó excluida, una vez restablecida, de la guarida de la Mallard, a petición de las madres que, habiéndose enterado de su blasfemia, se negaron a que sus querubines continuasen frecuentando a aquella deforme criatura en la que el diablo había escogido su domicilio.

Así es como, a la edad de seis años y cinco meses, a la espera de que tuviera la edad de poder ser enterrada viva en un convento, Catherine fue confiada a su abuela paterna: Geneviève Bellier, nacida Robert, la cual, en su juventud, se había ocupado de prepararle la papilla y de cambiarle los pañales al pequeño Luis XIII. La historia decía que este la confundía a veces con su madre. El caso es que ella mantuvo con él, hasta su muerte prematura, un vínculo inquebrantable.

Su familia la apodaba *Miraculos* en razón de su gusto desmesurado por las lavativas. Las lavativas, o enemas, creía Geneviève, al igual que la mayoría de sus contemporáneos, lo curaban todo: los vahídos, las fiebres, los humores, los dolores de

cabeza, los reumatismos y, por supuesto, los excesos alimenticios. Pues a sus más de setenta y cinco años, Geneviève Bellier, a pesar de tener un estómago de capa caída, seguía volviéndose loca por las pulardas, el vino de Alsacia y los pasteles de crema, que hacían sus delicias cuando trabajaba en la Corte.

Esa alimentación tan abundante y tan rica que engullía casi cotidianamente «en recuerdo de los buenos viejos tiempos», además de hacerle coger peso, le provocaba dolorosas hinchazones del vientre y gases fétidos que solo aplacaba «la escopeta mágica», como a Geneviève le gustaba llamar a la jeringa, llena de su correspondiente poción, que Françoise, su sirvienta, le hundía por el trasero dos veces al día.

Geneviève Bellier no dejaba que nadie se ocupara de preparar sus líquidos. Ella los elaboraba meticulosamente en un cuchitril sin ventana que había dispuesto al fondo de su mansión de la Rue Hautefeuille. Allí, a la temblorosa luz de las velas y con las antiparras sobre la nariz, sumergida en aquella biblia relajante que era *La Pharmacopea general* de Nicolas Pernelle, ponía a hervir en grandes cacerolas toda suerte de pociones para aliviar sus calambres de estómago y reducir sus olorosas flatulencias:

- Enema carminativo, «indicado para soltar y purgar las flemas, los gases y otros humores groseros del bajo vientre, a base de hojas de malva, parietaria, mercurial y orégano».
- Enema histérico, «indicado para calmar y reducir los vahídos, a base de artemisa, hojas de malva y matricaria».
- Enema detergente, «indicado para purgas que detengan los procesos diarreicos, a base de miel rosada y yema de huevo».
- Enema contra el dolor nefrítico, «indicado para abrir los conductos de la orina, para curar los cólicos nefríticos y ventosos, a base de flores de hipérico y vara de oro».

Para aquella vieja sola y enferma, la llegada de Catherine fue, a primera vista, todo menos un plato de gusto: no contenta con asustar a Françoise, aquel «horrible monito», como esta la denominó de inmediato, chapoteaba en su plato (que nunca acababa), huía al acercarse a ella, decía unas palabrotas espantosas y, por la noche, despertaba a todos con sus llantos.

Y tal vez Geneviève hubiera acabado por devolverla a sus propietarios o por venderla a cualquier exhibidor de monstruos si, una noche de tormenta, Catherine no hubiera entrado en su habitación y, deslizándose bajo las sábanas, no hubiera ido a acurrucarse contra ella con sus piecitos helados.

V

Pero no hay por qué creer que todo se solucionó de golpe.

Todavía durante bastante tiempo, Catherine siguió chapoteando en su sopa y profiriendo groserías. Pero esa noche de tormenta se abrió en el corazón de la vieja Bellier algo que ya no quiso cerrarse. Y cuando Françoise se quejaba de tener siempre que estar pendiente de, o de reparar lo hecho por, «ese monstruito» (y añadía: «En todos los sentidos del término»), la Bellier le daba unos golpecitos en la mano y le decía:

—Ya verás.

Y, efectivamente, lo vio.

Lentamente, con paciencia, Geneviève le enseñó a manejar una cuchara, a decir gracias cuando se le servía, a no volver a exclamar «¡Puto Dios!» cada vez que se hacía daño y a descifrar algunas palabras de *La Farmacopea general* de Nicolas Pernelle.

Le compró un par de bonitos vestidos, que la hacían parecer algo menos fea, y le explicó también que existía un Dios, en alguna parte, al otro lado del cielo, y que ese Dios la amaba, como a todas sus otras criaturas. Pero no estuvo muy segura de haber sido bien comprendida.

Y por eso, un domingo, después de haberle cubierto la cabeza con un chal, la llevó a la iglesia de Saint-Séverin para que asistiera a misa.

Por el camino le había explicado que la llevaba «a la casa del Buen Dios que ama a todo el mundo», que tendría que portarse muy bien y que sobre todo no se le ocurriera meterse los dedos en la nariz. Pero Catherine apenas la escuchó. Por esta sencilla razón: aquella ciudad, de la que sus padres, y luego la madre Mallard, siempre habían preferido mantenerla apartada, acababa de atraparla por completo. No sabía dónde poner el ojo, la nariz o los oídos. Aquí, unos mercaderes se injuriaban entre un agradable olor a pan fresco; allí, un perro pelado ladraba delante del puesto de un carnicero, unas gallinas cacareaban sobre un montón de paja gris, un caballo relinchaba entre los varales de su carreta, un señor gordo le daba unos céntimos a un pobre, una dama bien vestida, oculta por otra, se aliviaba en la esquina de una calle...

Ella hubiera querido ver todo, oler todo, oír todo, pero cada vez que ralentizaba el paso o quería detenerse, Geneviève la tiraba de la mano, «Démonos prisa, démonos prisa», pues las campanas de Saint-Séverin ya habían empezado a tocar.

Atravesaron a paso de carga algunas calles colmadas de personas y de aromas, bordearon un callejón tan estrecho que bastaba con extender el brazo para tocar sus paredes y, de pronto, como quien pasa la cabeza por un tragaluz, desembarcaron ante la iglesia de la que se elevaba aquella gran algarabía de campanas.

Pero el asunto se detuvo ahí. Pues en el momento en que iban a entrar en la iglesia, Catherine levantó la cabeza para admirar al Cristo que dominaba la puerta central y el chal resbaló sobre sus hombros. De inmediato, los murmullos se alzaron a su alrededor:

—¿Habéis visto eso? ¡Ahí!

—¡Qué horror!

—¡Parece una gárgola!

Y el padre Plossu, que estaba recibiendo a los fieles en el umbral, también la había visto, y se había acordado de la historia que un día le había contado su cofrade, el difunto padre Ginout, sobre una niña de su parroquia que había nacido tan fea que estaba convencido de que había salido del taller del diablo.

Toda aquella gente, olvidando la atronadora llamada de las campanas, formaban ahora un corro alrededor de Catherine. Algunos estaban tan cerca que ella podía ver los pelos que les salían de la nariz y oler el hedor de sus bocas.

—No es aquí donde deberías estar, pequeña. ¡Es en la feria de monstruos de Saint-Germain!

—O en una casa de fieras.

—¡Oh! ¡Uy!

Era como una pesadilla de la que no se puede salir. Hasta que de pronto sintió como la tiraban del brazo: Geneviève se la llevaba lejos del gentío.

Este desagradable episodio tuvo por lo menos una utilidad: la de acercar todavía un poco más a abuela y nieta. Esa noche, Geneviève fue a sentarse al borde de la cama de Catherine y, para ayudarla a dormir, y al no saber otras historias, le contó lo que había sido su vida. Le describió los lugares en los que había vivido, la época en la que se ocupaba de cambiarle los pañales al rey: el palacio de Fontainebleau, que era como una gran casa de hadas perdida al fondo de un parque inmenso, y el de Saint-Germain-en-Laye, todo él cubierto de oro y de mármol, adonde la corte se había trasladado poco después del nacimiento del Delfín.

Le contó también cómo, todas las mañanas, frotaba el cuerpo del futuro Luis XIII con mantequilla y aceite de almendra dulce; o, también, cómo una noche, cuando él tenía dos años, escapó de la vigilancia de su gobernanta y fue a acostarse a su lado; tenía los piececitos muy fríos, y le dijo: «Huele bien en tu cama, Bella (es como él la llamaba, pues ponía apodos a todo el mundo); huele a polvo de violeta».

Poco después, el reloj del salón dio las diez. Y Geneviève miraba con ternura a la extraña nieta que la providencia le había dado.

—Más... Un poco más... —suplicaba Catherine.

—Es tarde. Mañana te seguiré contando.

La besó, apagó la vela, cerró la puerta y Catherine se durmió con el recuerdo de un beso en la frente y, en el alma, el de grandes casas cubiertas de oro, por las cuales corría un niño al que todo el mundo amaba.